
Estudiar y practicar la sociología en dictadura (1973-1990). Relatos sobre una disciplina golpeada

Studying and practicing sociology during dictatorship (1973-1990). Accounts of a battered discipline

Elisabeth Simbürger¹ & Alina Donoso²

Resumen | Desde fines de los ochenta, la literatura sociológica chilena sobre la universidad intervenida y sus repercusiones en la sociología se constituyó en el relato canónico sobre el periodo. Este se centró en la acción centrífuga de la universidad, en el devenir extrauniversitario de la sociología y en la ‘jibarización’ de la disciplina en las universidades, pero no ahondó lo suficiente en la situación de su enseñanza. Transcurridos más de treinta años del fin de la dictadura no existen investigaciones que aborden las formas en las que se transmitió la sociología en estas instituciones. Si se asume que para la continuidad de una comunidad disciplinar, de sus orientaciones y expectativas, la cadena intergeneracional es un elemento relevante, independiente de la relación que se establezca con ese legado, interrogarse sobre la transmisión de la sociología en la universidad intervenida y su impacto en las trayectorias de quienes se formaron en ese contexto cobra importancia dado que la literatura informa que dicha cadena se debilitó. Para ello, se analizan 18 relatos de sociólogos y sociólogas que estudiaron o practicaron la sociología durante la dictadura de Pinochet.

Palabras clave | Sociología chilena, dictadura civil-militar, universidad intervenida.

Abstract | Chilean literature published from the late eighties onwards on the intervened university and its repercussions on sociology has turned into a sociological canon about the discipline during the dictatorship. However, more than thirty years after the end of the dictatorship, research that addresses the ways in which sociology was practised and taught in universities during the dictatorship, is still scarce. Based on eighteen qualitative interviews with sociologists from three different generations, this article aims to reconstruct how sociologists experienced the dictatorship, either as students, in exile or as academics in Chile.

Keywords | Chilean sociology, civil-military dictatorship, intervened university.

1 Doctora en Sociología, Universidad de Warwick, Reino Unido. Profesora Universidad de Valparaíso. elisabeth.simbuenger@uv.cl

2 Doctora (c) en Estudios Interdisciplinarios sobre Pensamiento, Cultura y Sociedad, Universidad de Valparaíso. alinadonoso@gmail.com

Una disciplina golpeada: estudios sobre la sociología chilena durante la dictadura civil-militar

En 1972, durante el segundo año de la presidencia de Salvador Allende, Santiago de Chile fue sede del X Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), el cual tuvo una gran convocatoria. En ese momento, Chile era un reconocido centro de desarrollo de las ciencias sociales y las humanidades en la región (Franco, 2007), pero además resultaba atractivo por la llamada “vía chilena” al socialismo encabezada por Allende y la Unidad Popular. Observar el proceso social, político y cultural que se estaba llevando a cabo en Chile resultaba de gran interés para científicos sociales de distintas latitudes, pero concitó especial atención entre los sociólogos latinoamericanos. El Congreso ALAS regresaría a Chile cuarenta y un años, en septiembre de 2013. La apuesta de Chile por una vía pacífica al socialismo y dentro de los marcos de la democracia representativa se detuvo abrupta y violentamente con el Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y los diecisiete años de dictadura civil-militar.

Como en otros regímenes autoritarios (Kirtchik y Heredia, 2015), la dictadura no sólo alteró y afectó profundamente a la sociedad, sino que tuvo muchas repercusiones en la sociología, las ciencias sociales y las humanidades, lo que resultó en el cierre temporal o definitivo de varias escuelas de Sociología, la persecución, tortura, ejecución, desaparición y exilio de estudiantes de sociología y sociólogos/as -chilenos y extranjeros, principalmente exiliados de otros países de la región-, así como también, la instalación de la sospecha permanente de la disciplina, rotulada por el régimen como ideología de izquierda (Barrios y Brunner, 1988; Brunner, 1988; Donoso, 2020; Garretón, 1997, 2005). Con expulsiones, torturas y ejecuciones, los primeros años de cualquier dictadura casi siempre están marcados por una severa represión de los opositores. La literatura especializada describe la política de las dictaduras civil-militares en Chile, Uruguay y Argentina con respecto a las ciencias sociales como particularmente represiva (Garretón et al., 2005b). La quema pública de libros, el exilio y la migración forzada son métodos eficaces de las dictaduras para sacar de circulación ideas ideológicas antagónicas y a sus productores (Agosin y Molloy, 1987; Bayle, 2010).

Si bien se han logrado avances importantes en el estudio de la historia de la sociología chilena y su constitución epistemológica desde la década de 1950, las investigaciones frecuentemente citadas acerca de la situación de la disciplina durante la dictadura fueron producidas en su mayoría en la década de 1980 (Brunner, 1988, 1986, 1981; Garretón, 1989, 1982), mientras que aquellos escritos entre 1990 y 2000 (Garretón, 2007, 2005, 1997) no incorporan nuevas fuentes.

Ciertamente, el acceso a información empírica durante la dictadura resultaba bastante limitado, si no imposibilitado. Sin embargo, transcurridos más de treinta años del fin de la dictadura casi no existen investigaciones que aborden la práctica y enseñanza de la sociología en las universidades intervenidas, que se hagan cargo de aspectos poco estudiados del proceso y que incorporen nuevas fuentes documentales, orales u otras. Es decir, no se ha puesto atención a la relación entre el desarrollo de la disciplina sociológica y el contexto de universidad intervenida. Esto resulta más relevante aun cuando se constata que en varios escritos existen indicios, imprecisiones y omisiones que refieren principalmente al cierre y/o apertura de carreras de sociología durante la dictadura (Baño, 2012; Brunner y Barrios, 1987; Garretón, 1981, 2005; Güell, 2002).

En los últimos años se pudo observar un aumento de estudios sobre la intervención de los militares en las universidades (Poo, 2016) y las Escuelas de Sociología existentes durante el régimen dictatorial (Donoso, 2020) y abiertas durante este periodo (Maltraín, Cárdenas, Iglesias y Deneken, 2023). A partir del análisis de documentos y entrevistas cualitativas, Maltraín, Cárdenas, Iglesias y Deneken (2023) investigaron el surgimiento de la Escuela de Sociología en la Universidad ARCIS entre 1984 y 1991. Los autores la llaman una “sociología camuflada” dado que en los primeros años este centro crítico de sociología no se llamaba Escuela de Sociología por temor a la represión, sino que “Escuela de Investigación y Planificación Social”. Además, varias investigaciones logran llevar el énfasis a las escuelas de Sociología en regiones, por ejemplo, el estudio de Alina Donoso (2020) sobre la Escuela de Sociología en la Universidad Católica del Norte, que estuvo abierta entre 1972 y 1984. Por otro lado, la investigación de Monsálvez (2019) analiza –entre otros– el cierre de la carrera de sociología en la Universidad de Concepción.

Empero, más allá de los estudios mencionados, la investigación empírica acerca de las experiencias de vida, de estudio y de trabajo de sociólogas y sociólogos durante la dictadura civil-militar es todavía escasa. En este sentido, la presente investigación busca abordar aspectos poco estudiados del desarrollo de la disciplina sociológica en Chile, durante la dictadura civil-militar. Específicamente, el objetivo es conocer y analizar las experiencias de sociólogos y sociólogas, de diferentes edades y contextos formativos, respecto de sus vivencias en torno a estudiar y practicar la sociología durante la dictadura de Pinochet.

La relevancia de estudiar estos aspectos radica en que desde inicios del siglo XXI algunos autores han analizado la práctica sociológica pos-dictadura (Gómez y Baeza, Garretón, 2005; Ramos, 2005; Ramos, Canales y Palestini, 2008) y han identificado una serie de dificultades y debilidades en la práctica científica de la sociología. Sin embargo, aun cuando estos estudios aluden al periodo de la dictadura como un factor importante en ello, no pueden atribuirle, por ejemplo, la debilidad (o no) de la formación universitaria de quienes investigan actualmente, porque no existe suficiente evidencia para hacer tales afirmaciones. A nuestro parecer, indagar en esta línea abriría la reflexión acerca de los relatos respecto del desarrollo de la disciplina en dictadura, al aportar otros y, eventualmente, nuevos elementos sobre dicho proceso.

Sobre el corpus de entrevistas y la estrategia metodológica

El conjunto de las entrevistas cualitativas analizadas corresponden a dos investigaciones², las que tuvieron como uno de sus propósitos abordar las vivencias de las sociólogas y los sociólogos durante la dictadura civil-militar y el impacto que ésta última tuvo en la disciplina. Sin embargo, han sido relevantes como disparadores para una serie de interrogantes sobre la enseñanza de la sociología en dictadura que no han sido abordados por anteriores estudios. Para este artículo se analizaron dieciocho (18) entrevistas cualitativas, de las cuales diez (10) se realizaron entre 2012 y 2013 en el marco del

2 Proyecto Fondecyt 2012-2015: “Identidades académicas y prácticas en universidades chilenas en el contexto del neoliberalismo: el caso de sociología, educación y biología”, a cargo de la Dra. Elisabeth Simbürger y la tesis La Sociología chilena durante dictadura, para optar al grado de Licenciado/a en Sociología de la Universidad Diego Portales y efectuada al alero del Proyecto Fondecyt mencionado.

proyecto Fondecyt referido; mientras, las ocho (8) restantes se efectuaron en 2013 como parte del trabajo de campo de la tesis de pregrado indicada.

Del total de personas entrevistadas, trece (13) son varones y cinco (5) son mujeres; de ellas, la mayoría (4) se encuentra en rango de edad entre los 56 y los 63 años en el momento de la entrevista (2012-2013). Las personas entrevistadas tenían entre de 41 y 77 años al momento de la entrevista. Poco menos de la mitad (8) de las y los entrevistados se concentra entre los 56 y los 63 años; seis (14) de los personas entrevistadas superan tienen entre 66 y 73 años; uno (1) tiene 51 años; dos (2) tienen poco más de 40 años; mientras que sólo un (1) entrevistado tiene 77 años. Casi dos tercios (11) de las personas entrevistadas viven y trabajan en la Región Metropolitana, mientras que siete (7) trabajan habitan y laboran en regiones (Iquique, Valparaíso o Concepción).

En relación al tipo de universidad de formación de pregrado de las personas entrevistadas, la mayor parte (13) estudiaron en instituciones universitarias chilenas: siete (6) estudiaron en universidades estatales (Universidad de Chile); seis (6) hicieron su formación inicial en universidades privadas confesionales (5 en Santiago y 1 en regiones); y, uno (1) se formó en una universidad privada (Santiago). En tanto, de las cinco (5) personas que estudiaron el pregrado en el extranjero, todas lo hicieron en universidades europeas (Alemania; Francia; Suiza; Bélgica).

Respecto de la formación de posgrado de las personas entrevistadas, salvo tres, la mayoría de las y los entrevistados posee algún título de posgrado o está en vías de obtenerlo. La mayoría de las y los entrevistados han efectuado sus estudios de posgrado en el extranjero (13) y tres (3) han estudiado en universidades chilenas. Tres (3) personas cuentan únicamente con el grado de magister; que tienen grado de magíster y doctor -o están en vías de obtenerlo- (11); que sólo cuentan con el grado de doctor (2); y solo un entrevistado posee el grado de magíster, doctor y posdoctorado (1). En relación al ámbito de trabajo en el que se desempeñan las personas entrevistadas, dados los objetivos del proyecto en el cual se enmarca este análisis, salvo una de ellas que trabaja en una consultora, la totalidad trabaja o han trabajado en una universidad en condiciones contractuales variables.

Para el análisis se adoptó una estrategia de aproximaciones sucesivas al corpus de entrevistas. Primero se consideró un conjunto reducido de tópicos (no más de diez) derivados del conocimiento acumulado sobre las temáticas relevantes en relación a la situación de la sociología en Chile durante la dictadura y que en mayor medida aparecen consignadas en la literatura existente respecto del caso chileno, o bien, en investigaciones que abordan la relación entre autoritarismo y sociología en otros contextos nacionales. Posteriormente, se hizo una lectura de las 18 entrevistas a partir de los primeros tópicos identificados. De esta lectura emergieron nuevas categorías o ámbitos destacados que permitieron dar forma a un relato polifónico en el que pudo identificarse diferentes voces y vivencias derivadas de los distintos posicionamientos en cuanto 1) al momento del curso de vida en el que las y los sociólogos entrevistados experimentaron la dictadura; 2) el nivel de involucramiento en términos de militancia política; y, 3) el lugar ocupado dentro del campo sociológico, principalmente.

Ahorabien, los relatos considerados pertenecen a sociólogas y sociólogos que en su mayoría han devenido académicos, por tanto, es necesario valorar estos testimonios tomando en cuenta el posicionamiento específico desde el cual estas personas van a construir su relato

y sus visiones respecto de lo que sucedió con el campo de la sociología durante la dictadura y las formas en que ellas y ellos experimentaron tanto la dictadura, como el hecho de ser sociólogos/as o estudiantes de sociología durante aquellos años. Si bien la mayoría de los relatos son de personas que estudiaron sociología durante la dictadura, también se incluyeron algunas referencias de quienes se formaron en los primeros años del retorno a la democracia por su pertinencia respecto de la temática. Dentro de este grupo de personas es posible identificar tres generaciones: i) quienes se estaban formando como sociólogos/as al momento del golpe de Estado y terminaron el pregrado dos o tres años después de dicho acontecimiento; ii) las personas que ingresaron a estudiar sociología en Chile ya instalada la dictadura; y, iv) aquellos que ingresaron a la carrera en los albores del retorno de la democracia (fines de los ochenta o primeros años de los noventa).

Pues bien, la intención de tomar como objeto de investigación a la sociología universitaria durante la intervención de la dictadura en Chile pasa, también, por aproximarnos a ella en tanto construcción compleja, en la que confluyen itinerarios académicos, dinámicas institucionales, producciones disciplinares y campos de conocimiento; pero también experiencias biográficas y generacionales inscritas en ese contexto.

Memoria(s) y procesos de transmisión disciplinar en tiempos de dictadura. Fragmentos de la sociología chilena durante la dictadura civil-militar a través de las vivencias de sociólogas y sociólogos

La construcción de memorias siempre implica un sujeto que recuerda, que relata, que crea sentidos; corresponde a un proceso en el que el tiempo histórico y el tiempo de la experiencia se combinan en un orden propio y único. En este sentido, Portelli señala, citando a Benjamin, que “el acontecimiento recordado, no tiene ninguna limitación, puesto que es la llave de todo lo que acaeció antes y después del mismo” (Portelli; 1996), constatando la multiplicidad de temporalidades que involucra la memoria. Al incorporar al tiempo lineal los procesos históricos y la subjetividad humana, los sentidos de la temporalidad se modifican porque, tal como indica Jelin en palabras de Koselleck, “el tiempo histórico, si es que el concepto tiene un sentido propio, está vinculado a unidades políticas y sociales de acción, a hombres concretos que actúan y sufren, a sus instituciones y organizaciones” (Jelin; 2002:12). La experiencia pasada y las expectativas futuras son construidas y contenidas en el presente y es en este proceso que la experiencia, al incorporar los acontecimientos, permite que éstos sean recordados. Asimismo, las experiencias implican una temporalidad futura en la medida en que también son configuradas por el horizonte de expectativas. Es en la intersección entre pasado y futuro, entre experiencia y *horizonte de expectativas*, donde tiene lugar la acción humana. Por su parte, la inclusión de la dimensión subjetiva pone el acento en los deseos, ilusiones, sentimientos y fantasmas que están presentes en los recuerdos de quienes rememoran y la imaginación de mundos futuros posibles. La subjetividad conlleva procesos que articulan de manera singular experiencias, representaciones y afectos; es siempre individual pero también social en la medida en que las experiencias y los afectos están siempre imbricados en lazos sociales (Jelin y Kaufman; 2006). Así, recordar las vivencias y los acontecimientos pasados, en tanto práctica ubicada temporalmente en el presente, supone que las experiencias incorporadas se organizan de manera dinámica, por lo

que pueden modificarse en periodos posteriores. Los seres humanos no sólo incorporamos las vivencias propias, sino que también las que nos son transmitidas por otros. La memoria, al estar construida a partir de una multiplicidad de tiempos y procesos de significación y resignificación subjetivos que enmarcan la interpretación y comprensión de las experiencias pasadas y la configuración de expectativas futuras, es sensible a la relación y diálogo con otros, a la emergencia de nuevos escenarios políticos y sociales, nuevos procesos históricos y coyunturas (Jelin; 2002: 12-13).

Los procesos de transmisión y reinterpretación se caracterizan por su movilidad; están determinados por sus dinámicas particulares y múltiples interferencias, las que no remiten ni a una organización mecánica ni a orden “natural” alguno. En estos procesos, la apropiación de sentidos conlleva, en parte, un extrañamiento de la experiencia singular y del deseo de quien transmite, para adquirir contornos diferentes resultantes de la combinatoria de fragmentos de la historia y nuevas significaciones (Hassoun, 1996). Igualmente, la voluntad de transmitir también está condicionada por las formas en que hechos, fracturas y luchas de sentido se van mezclando y reinscribiendo en las transformaciones constantes de la manera en que circulan los relatos y las construcciones simbólicas en torno a ellos. Pero la transmisión no sólo se organiza en torno a lo visible y manifiesto; los silencios y las fisuras son particularmente relevantes (Kaufman; 2006).

Desde esta perspectiva, al momento de hablar de memorias, transmisiones y quiebres, el proceso de formación disciplinar, al igual que los entornos familiares, moviliza tradiciones, mandatos y valores, y en el cual mayores y jóvenes han de confrontar las modificaciones que las diferencias generacionales (Cornejo et al., 2013) imponen respecto a dichas cuestiones. En ese sentido, cuando Bourdieu (2002) habla que la formación disciplinar actúa como habitus secundario se refiere a ésta como espacio de lazos sociales que generan identidades y difunden sentidos de época, proyectos culturales y políticos a la comunidad y las instituciones. En esta vinculación se situarán interpretaciones que dan consistencia a relatos y significaciones colectivas en torno a determinados hechos, nutriéndose y transfigurándose en el espacio público para regresar a las interpretaciones privadas. Esta es la imbricación entre memorias personales y compartidas.

Desde el punto de vista del curso de vida de los actores sociales se ha constatado que los hechos y circunstancias que marcan con mayor profundidad las trayectorias vitales de las personas son aquellos que se dan en las etapas tempranas de la vida –principalmente en la adolescencia y juventud-, así como también, los que coinciden con la toma de conciencia del juego político en el que se está implicado (Jelin; 2002). Cada generación construye sus relatos. Las experiencias de los sujetos en un tiempo histórico dado son el origen de relatos y discursos transmitidos por medio de una multiplicidad de canales, los cuales expresan y filtran sentidos y mitos sobre el pasado. En tanto, las generaciones jóvenes, en perspectiva de presente y futuro, se interrogan respecto de las determinaciones que les llegan de los relatos de quienes los precedieron y las resignifican, ensayando lecturas propias y elaborando sus dilemas y demandas vitales, ideológicas y éticas.

Abordar los sentidos, las memorias y las experiencias, desde la perspectiva de la transmisión intergeneracional, respecto de estudiar sociología en dictadura o las experiencias de las y los jóvenes sociólogos en ese periodo entre las personas jóvenes, implica comprender aquellas vivencias en tanto inscritas en una genealogía, al modo en como Oberti (2006) entiende lo señalado por Hassoun, quien sostiene que “la vida de cada uno de nosotros es deudora de un conjunto de objetos, que va desde hábitos e ideales,

y que constituye el patrimonio de quienes nos han precedido; todos somos depositarios y transmisores de aquellos que nos han legado, ya que el paso de una a otra generación supone la construcción de una transmisión en tanto actividad y no algo que ocurre naturalmente. A su vez, la recepción de lo transmitido no se produce sobre un ser pasivo sino que es también una actividad de reconocimiento hacia quien realiza la transmisión”. Es decir, como un proceso de identificación. “No en el sentido de un intento desesperado de crear una identidad-calco entre los predecesores y los descendientes sino al modo de un discurso que sería procesado –clandestinamente, como un contrabando- de aquello que se ofrece como herencia” (Oberti; 2006:73-74).

Finalmente, es sabido que uno de los principales desafíos epistemológicos de todo/a cientista social es la familiaridad que posee con su universo de estudio, su pertenencia al mundo social que pretende estudiar. A este respecto, Bourdieu et al (2008: 27-50) manifiestan que el objeto de las ciencias sociales ha de ser una conquista “contra la ilusión del saber inmediato”, el resultado de una construcción teórica en contraposición al sentido común. Los autores indican que en las ciencias sociales el estudio crítico y autocrítico de las condiciones de producción del conocimiento científico es una operación “fundacional”, por lo cual es primordial que los/as cientistas sociales desarrollen la capacidad de reflexionar epistemológicamente sobre la posición en la que se sitúan no sólo dentro del campo científico, sino también en la sociedad. Desde esta perspectiva, construir como objeto de estudio a la propia disciplina reviste un desafío, un compromiso y una atención aún mayor en relación con dicha capacidad. Por tanto, se hace aún más acuciante abordar de manera explícita lo que Bourdieu (2008) ha llamado “inconsciente de escuela” o “inconsciente académico”.

La experiencia generacional de la dictadura en los relatos de sociólogos y sociólogas

Si bien en los relatos de quienes eran académicos y quienes eran estudiantes, las referencias al advenimiento de la dictadura dan cuenta del profundo quiebre que ello significó en la vida del país y la propia, es importante relevar que la incorporación de aquel hecho en la narración de la propia vida tiene matices significativos si se atiende a las diferencias en los cursos de vida de unos y otros. En efecto, desde el enfoque de los cursos de vida existen momentos críticos o transiciones que son decidoras respecto de la construcción identitaria de los individuos. Los siguientes relatos dan cuenta del impacto que significó la Unidad Popular y el Golpe de Estado para la vida (evento biográfico) de jóvenes estudiantes, comprometidas con el proceso político impulsado por Salvador Allende.

“[...] fue absoluta y totalmente radical, o sea, todo los proyectos, el proyecto de vida, el proyecto social que había compartido fue aniquilado. Insistimos porfiadamente en mantenerlo vivo durante toda la dictadura, con los costos que ya se saben. Entonces fue muy raro, o sea, fue haber vivido antes como el periodo de la UP, con todo lo que uno pueda decir de... de todo el desorden, el problema, ya, con todo lo que pueda haber sido, desordenado, en fin... fue un periodo así como... de... De primavera, o sea, que todo era posible y... la sensación era como estar tocando el cielo (ríe), porque de todas maneras la UP significó que se podían hacer cosas que nunca antes se habían intentado” (Sandra, 62 años, académica universidad estatal).

“... yo era chica, [pero] yo me sentía grande, me sentía súper adulta, íbamos a cambiar el mundo. Nosotros estábamos en un proceso de transformar la sociedad y yo pensaba que íbamos a hacerlo” (*Mirna, 58 años, académica universidad privada*).

El anterior es a todas luces un relato que se inscribe en una generación, principalmente por el uso del “nosotros”, lo que refuerza la intención de las entrevistadas de transmitir la experiencia de pertenecer. Tal como señala Muñoz (2011), en general, hasta comienzos de 1973 las personas jóvenes eran socializadas en la valoración de la política en tanto territorio para la toma de decisiones respecto de la vida colectiva, por lo que el interés y la atracción por la política se desplegaba, principalmente, en clave identitaria. Asimismo, el primer relato también es coincidente con los hallazgos realizados por Cornejo et al. (2013: 55) respecto de las memorias sobre la dictadura desde un enfoque generacional: “para los de izquierda, [el Golpe de Estado] es evocado con profunda añoranza y frustración por la pérdida del proyecto colectivo. Estos narradores responden incorporándose a la resistencia a la dictadura o apartándose de la acción política”.

“Después que terminé, empecé a militar de nuevo, con diversos avatares, que te los ahorro. Y me pasé casi todos los ochenta en trabajo político social. En organizaciones de mujeres. Después retomé sociología en los noventa” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Asimismo, Cornejo et al. (2013:55) mencionan que entre quienes vivieron directamente la represión, hay un rechazo de la posición de víctimas, en su lugar destacan su trayectoria en la resistencia activa, o bien, se comparan con quienes habrían sufrido más. Por el otro lado, la investigación de María Angélica Cruz y Erick Fuentes (2017) sobre mujeres militantes durante la UP que fueron víctimas de tortura durante la dictadura muestra que para ellas ser recordada como activistas políticas es más importante que su estatus de víctima.

“El primer semestre de sociología del 73 yo entré a militar al Movimiento Izquierda Revolucionaria, MIR, de manera que en lo único que yo estaba preocupada después de que mataron a mi padre, era de retomar contacto con el partido para seguir trabajando” (*Lucía, 59 años, consultora y académica a honorarios*).

El análisis de los relatos de quienes eran estudiantes o académicos al momento del Golpe de Estado permite visualizar algunas imágenes, escenas o situaciones que dan cuenta de lo radical e inmediato del impacto de la represión en la vida de las personas y las particularidades que esto tuvo en el campo disciplinar y universitario los primeros días del Golpe.

“Entre las primeras cosas que ellos hicieron fue meterse en el Pedagógico, cerrar el Pedagógico y cerrar la Escuela de Sociología que estaba al lado del Pedagógico, lo primero. (...) O sea, para ellos era lo peor, era lo más peligroso que puede haber, porque los marxistas estaban enquistados ahí, entonces, había que barrer contra los marxistas y por eso para ellos la sociología era una cosa peligrosa” (*Mirna, 58 años, académica universidad privada*).

La irrupción de la dictadura en el ámbito universitario, y de la sociología en particular, fue prácticamente inmediata y a través de diversas acciones simultáneas que estaban orientadas a demostrar que con el Golpe de Estado se iniciaba un nuevo tiempo en el

que no tenían cabida las ideas de izquierda. A los ojos de la dictadura, la universidad, las ciencias sociales y, sobre todo, la sociología constituían los principales focos de producción y difusión de aquellas ideologías disolventes, las que para el régimen dictatorial recién instaurado estaban causando tanto daño al país y a la unidad nacional. Desde esta perspectiva, se hacía imperiosa una depuración ideológica, donde la búsqueda y destrucción de literatura “sospechosa” constituye una de las acciones paradigmáticas dentro del repertorio de prácticas represivas de “instalación” de los regímenes autoritarios. La quema de libros en las torres de San Borja en Santiago el 23 de septiembre de 1973 por los militares se grabó por periodistas internacionales (Joignant and Navia, 2013). En muchos casos la evaluación de lo que era considerado como ideológicamente hostil, era arbitrario y mostraba la falta de educación de los militares. No solo se quemaban libros de la editorial Quilmanú y libros de contenido de izquierda sino también libros de arte – sobre el Cubismo – porque los militares los asociaban con Cuba. La quema pública de los libros en las afueras de las torres de San Borja era un mensaje claro a la población (Agosin and Molloy, 1987). En consecuencia, mucha gente estaba forzada a quemar sus libros o a esconderlos (Sanders, 1974). La cita de nuestro entrevistado Javier y su relato sobre el destrozo de libros en la biblioteca de la Universidad Católica de Valparaíso ilustra este fenómeno.

“... el Instituto [Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo de la Universidad Católica de Valparaíso] fue allanado por la Marina, fue allanado el Instituto de Ciencias Sociales. La biblioteca fue sencillamente desvalijada, y todo lo que tuviera algo que ver con... incluso, confundieron a Marx... Algunos autores que tenían barba, Durkheim, creyeron que era Marx. Entonces, arrasaron con libros que no tenían nada que ver con el marxismo, bueno... desvalijaron la biblioteca, libros que nunca más aparecieron, nunca más, y que después fueron guardados en los subterráneos de la biblioteca de la Católica de Valparaíso, pero nunca más los volvieron a recuperar” (Javier, 77 años, académico universidad estatal).

Tales acciones de censura, en tanto medidas ejemplares, tienen como función el amedrentamiento y la generación de terror como forma de disciplineamiento social. El efecto de *confundir* a Marx con Durkheim sólo por la barba o *arrasar* “con libros que no tenían nada que ver con el marxismo” es transmitir la idea de que eventualmente cualquier producción intelectual o manifestación puede ser considerada “subversiva” y censurable y, con ello, se instala una zona de indefinición y discrecionalidad respecto de lo que se puede hacer o decir o escribir (Sarlo, 1988) por parte del poder dictatorial.

Otra de las medidas tomadas los primeros días de la dictadura, fue la intervención de las universidades a través de la designación de autoridades militares, lo cual no sólo sucedió en las universidades estatales (Poo, 2016).

“... entonces, cuando llega el Golpe, la dictadura nombra inmediatamente un Rector delegado de la [Pontificia] Universidad Católica que era un ex almirante, Jorge Swett, y...” (Francisco, 73 años, académico universidad privada).

Una de las universidades más golpeadas fue la Universidad de Concepción – la tercera universidad más grande en el país al inicio de la dictadura y la más grande en el sur del país. Entre los años 1973 y 1982 la Universidad de Concepción fue un centro de delación política y de depuración. Muchos académicos y estudiantes fueron perseguidos y expulsados (Monsálvez, 2020). Ciertamente, todas las instituciones universitarias fueron

intervenidas y dentro de las primeras acciones estaba la purga de los cuerpos académicos y de los funcionarios, la que fue particularmente dura en el ámbito de las ciencias sociales.

... entonces, vino el Golpe y se interrumpió la situación en la Escuela. Todos los funcionarios, tanto los profesores y otros, fueron... bueno, suspendidos de sus labores, fueron llamados de a poco y algunos tuvieron que irse por razones comprensibles, me imagino, y a los que nos quedamos nos fueron llamando de a poco” (*Emilio, 72 años, académico universidad estatal, jubilado*).

“... y al poco tiempo nos echaron de la universidad a un grupo que era considerado de izquierda en la universidad, donde estaban Garretón, Lechner, la Pilar Vergara, el mismo Alejandro Foxley que era demócrata cristiano, yo eh... y eh... nosotros eh... por lo menos Lechner y yo tenemos la suerte de pasar de allí a la FLACSO” (*Francisco, 73 años, académico universidad privada*).

Los interrogatorios, la censura; las medias palabras y su efecto de intimidación, las acusaciones de parte de los interventores militares fuera de toda lógica ante los ojos de la comunidad universitaria amenazada contribuyen a generar un ambiente enrarecido en el que la sensación de sinrazón y desconcierto son las otras caras del miedo y la desconfianza y la delación aparece como una de las tantas versiones de la censura (Matamala, 2016, Poo, 2016).

“... con respecto a nosotros, los sociólogos, nos quedamos colgando de un hilo, digamos, en el sentido de que en cualquier momento nos echaban sino que nos podían detener, por lo que estaba ocurriendo en esa época, que era muy fácil, digamos -como sucedió en otras universidades, como en la Chile, en otras universidades- ser acusado, ya sea por académicos, estudiantes, funcionarios, que delataban, no cierto, en una época que era muy fácil complicarte la vida, era cuestión que te dijeran ‘usted es agitador’...” (*Javier, 77 años, académico universidad estatal*).

Los relatos de quienes eran estudiantes al momento del Golpe de Estado ilustran no sólo el modo en que ellas y ellos fueron testigos de la situación en la que sus profesores se encontraban y las formas como éstos la enfrentaron, sino sobre todo, la marca que esto dejó en ellos en tanto imagen perturbadora, representación del tiempo que se inaugura.

“... lo primero fue la experiencia del día 11, que eso yo creo que marca bastante en el sentido de una escena un poco dramática que fue profesores huyendo y ocultando papeles; eso es una escena fuerte para un estudiante que ha tenido a sus profes que han hablado con libertad, que han opinado, que han estado investigando y, de pronto -llega de un minuto a otro- pasan a ser buscados, pasan a ser perseguidos, pasan a ser... pasan a huir. Es muy fuerte. La encomienda ‘oye guárdame esto...’ y se fueron” (*Jorge, 66 años, académico universidad privada*).

“... antes de irme [a Buenos Aires] yo tenía muy buenas notas, y yo llamé por teléfono a un profesor, me acuerdo, de Economía Política, y le pedí que por favor me diera un certificado que yo estaba estudiando en la Universidad de Chile, que tenía buenas notas. Me dijo ‘Por favor, olvídate que yo fui tu profesor y, por favor, olvídate de lo que yo te enseñé’, entonces era una cuestión muy terrible ¿no?” (*Mirna, 58 años, académica universidad privada*).

Asimismo, otro elemento que se releva en algunos de los relatos es el hecho de que la carrera de sociología, así como otras disciplinas de las ciencias sociales, durante la Unidad Popular había recibido a un número significativo de estudiantes extranjeros que venían huyendo de regímenes dictatoriales o persecución política -principalmente, brasileños, argentinos y uruguayos-, o bien, venían atraídos por la experiencia política chilena (Beigel, 2010; 2009; Cáceres, 2016; Franco, 2007). Dentro de los académicos y estudiantes latinoamericanos de las ciencias sociales, los brasileños eran el grupo más grande (Devés Valdés, 2004).

“[Estudiantes extranjeros] Muchos de ellos fueron llevados a campos de torturas en el Estadio Nacional, viajaron equipos especiales de inteligencia brasilero [y] de otros países para interrogarlos acá, porque no pudieron desaparecer, en todo caso el tema era bien peligroso para la Escuela...” (*Emilio, 72 años, académico universidad estatal, jubilado*).

Con la intervención de las universidades y de las carreras de sociología, los estudiantes extranjeros se constituyen en una población a la que la dictadura cívico militar le pone especial atención. Ello por cuanto el discurso de la dictadura respecto de las ideas de izquierda las identificaba como ideologías que atentaban contra la tradición y unidad nacional y, evidentemente, habían sido introducidas en el país por agentes extranjeros, razón por la cual las acciones de “limpieza ideológica” debían ser extremadas en estos casos.

“... es cuando llega una comisión de profesores, tres profesores uno de ellos no era de la Escuela, pero estaban en la Universidad Católica, y nos hacen a los estudiantes extranjeros pasar como revista y nos hacen prometer que nos vamos a portar bien, que no vamos a hacer nada extraño y todo es muy cómo firmar un certificado de buena conducta, una cosa así... ah, no voy a dar los nombres de los profes porque a ello les pidieron esa tarea, pero muy complicado, ah...” (*Jorge, 66 años, académico universidad privada*).

Sociólogas y sociólogos en el exilio

Se estima que alrededor de 1 millón de personas se vieron obligadas a abandonar Chile, entre ellos muchos académicos (Bayle, 2010). La dictadura distinguió entre los exiliados a los que se les permitió regresar después de 11 años y los que tuvieron que permanecer en el exilio hasta el final de la dictadura (Wright & Oñate, 2007). Para los efectos de esta investigación, entendemos el exilio como la necesidad de abandonar el propio país como resultado de una violencia política que pone en peligro la vida (Bolzman, 2012) o la consecuencia de no encontrar más trabajo en la propia profesión. La sociología quedó tan estigmatizada que pronto fue muy difícil encontrar trabajo: muchos tuvieron que recurrir a actividades como vender huevos o hacer carpintería y sólo una minoría de investigadores tuvo la suerte de trabajar en centros financiados internacionalmente como FLACSO (Barros y Chaparro, 2016). Los desafíos para los académicos exiliados eran diversos: tenían que integrarse en sus respectivos países de acogida tras un complejo proceso de adaptación cultural (Bolzman, 2012), lidiar con el dolor psicológico. Muchos exiliados chilenos encontraron refugio en Venezuela, Cuba, la Unión Soviética, México, Costa Rica, Brasil, Canadá, Australia, Suecia, Estados Unidos, Francia, Bélgica, el Reino Unido y Alemania Occidental y Oriental (Wright y Oñate, 2007).

Entre las y los sociólogos quienes manifiestan haber tenido una actividad militante previa al Golpe de Estado todos tuvieron que salir al exilio. La totalidad de las y los entrevistados que relataron sus experiencias como militantes en partidos de izquierda a comienzos de la década de los setenta se vieron forzados a exiliarse. Entre quienes tenían 22 a 25 años, la salida del país se produce dentro del primer año de la dictadura debido a que ya –pese a la corta edad- contaban con una trayectoria política destacable y reconocible, por lo que la persecución política se hizo sentir prontamente en sus vidas. Por su parte, entre quienes contaban con apenas 18 años el exilio se produjo a comienzos de la década de los ochenta, puesto que su actividad política se desarrolló con intensidad durante la dictadura, en clandestinidad.

De acuerdo a los relatos, en cinco (5) de ellos se indica haber estado en esta condición: tres hombres y dos mujeres. Cabe consignar que en sólo un relato queda completamente claro el hecho de que correspondía a un exilio “forzado”, vale decir, que el extrañamiento del entrevistado fue producto de una determinación legal. En los otros casos, a partir de los relatos se entiende que la salida del país es producto de una condición de inseguridad extrema y de inminente persecución por parte de los aparatos represivos de la dictadura. Con certeza, se informa que las dos mujeres eran militantes del MIR y uno de los hombres.

No obstante lo anterior, los relatos si informan del hecho que muchos sociólogos y sociólogas, así como estudiantes de sociología fueron reprimidos, presos y relegados pero se advierte que no existe una sistematización (datos duros) de qué y cómo implicó la represión política en concreto, en las y los miembros de la disciplina.

Tal como se mencionó, los relatos analizados dan cuenta de la intensidad de la experiencia de la militancia durante los setenta y la forma en que ella constituía no sólo la principal actividad de estas personas, sino sobre todo, aquello que organizaba y le daba sentido a sus vidas. Desde esta perspectiva, la experiencia del exilio acontece como un nuevo evento biográfico que es necesario ubicar dentro del relato de la propia vida. Es así como para estos jóvenes militantes –algunos estudiantes de sociología- el tiempo del exilio fue el momento para retomar, por ejemplo, sus trayectorias educativas.

“[¿Tú decisión de estudiar sociología era por un compromiso político?] No, yo siempre quise estudiar sociología. Siempre. Yo siempre... Incluso en Alemania. Cuando llegué a Alemania me acuerdo que un tipo trató de convencerme que no estudiara sociología porque no iba a encontrar pega...” (*Hans, 62 años, académico universidad privada-tradicional*).

“Así que entré a estudiar sociología nuevamente, desde cero. He estudiado tres veces sociología chiquillos, ¡¡tres veces!!! Y entré, porfiadamente, de nuevo y me intenté apartar, si le hice a la electrónica, a la programación, ya, por eso que sé harta... por eso que le pego a los software y todas las cosas, porque a mi edad nadie le pega. Y después entré a sociología” (*Lucia, 59 años, consultora y académica a honorarios*).

“... en enero de 1982 me tuve que ir y me fui a Ginebra. Ahí tuve que aprender francés, que no sabía. (...) Pude aprender y entré a la universidad, pero no me reconocieron nada y tuve que partir de cero. Tenía profesores muy buenos” (*Mirna, 58 años, académica universidad privada*).

Para otros, el exilio constituyó el momento para la libertad, la expansión y la búsqueda de respuestas, donde la sociología aparece como la herramienta ya no de la transformación de la sociedad, sino como medio para comprender la tragedia vivida.

“Yo creo que fue una experiencia absolutamente oxigenante, podríamos decir, el trauma era demasiado grande y la herida estaba abierta. Esto de descubrir, esto de tener la posibilidad de estar fuera del país, fuera de las mordazas, de las mazmorras y de las cercanías de las pestilencias, de la violación de los derechos humanos, de la atrocidad. Esta lejanía de la atrocidad para reencontrarse con la posibilidad de estudiar, de encontrarse con una suerte de serenidad en la cual volcarse al texto durante un tiempo ilimitado, digamos, fue una experiencia tremenda para mí. Yo me considero un sociólogo tardío, en el sentido de haber pasado por la política antes de llegar a la sociología (...) Fueron para mí, años de una tremenda excitación intelectual, tremenda, a tal punto que de alguna manera yo me sentía re fundado, esta posibilidad de adquirir nuevos conocimientos, salir de esta disciplina militante que había que restringir incluso el conocimiento por razones de seguridad a este ejercicio de dar libre vuelo al pensar. (...) Debe ser la sensación que siente alguien después de salir de una situación de presidio largo o una situación de privación más o menos larga -cualquiera sea la naturaleza de la privación- en donde esta posibilidad de ver el cielo abierto, de prolongar la vista hasta el horizonte y prolongar más allá del horizonte es algo que realmente lo viví muy intensamente, sin duda” (*Américo, 63 años, académico universidad privada-tradicional*).

De los relatos de las y los entrevistados, se desprende que para muchos el exilio significó el momento de terminar sus trayectorias educativas y formarse como sociólogos/as. En todos los relatos relativos a la experiencia del exilio –obviamente, con matices- se aprecia que las y los entrevistados buscaron aprovechar las oportunidades que los países que los acogieron les brindaban.

“... yo llegué a Buenos Aires sin ningún papel, sin nada que acreditara que yo era universitaria y el gobierno de Perón nos ayudó re hartó a los chilenos. Yo llegué el 7 de diciembre del 73; 7 de diciembre del 73 llegué a Buenos Aires sola. (...)... y nos dijeron ‘qué quieres estudiar’, al tiro, yo no tenía ni un papel, yo podía ser analfabeta y... ahí empecé a estudiar sociología. Después me tuve que ir a Caracas, en Caracas seguí estudiando...” (*Mirna, 58 años, académica universidad privada*).

“Yo soy un resultado, como mucha gente de mi generación, del Golpe de Estado y del exilio. Yo fui exiliado el año 74, y finales de los años 70 ya estaba estudiando sociología, lo que hace que mi formación completa es extranjera. Yo estudié completamente en Francia, lo que implica, entonces, que el año 93 yo obtengo el grado de Doctorado de Sociología para coronar todo lo anterior, en la Universidad de Sorbonne Nouvelle que es Paris III...” (*Américo, 63 años, académico universidad privada-tradicional*).

Esto parece ser una trayectoria común por cuanto la mayoría de las y los entrevistados eran jóvenes al momento de partir al exilio; asimismo, por lo general, los programas o sistemas de acogida para exiliados/as buscan integrar a las personas refugiadas, siendo la educación y la formación laboral las principales vías para aquello (Bayle, 2012; 2008). Por otra parte, tal como indica una de las entrevistadas (Lucía), el contar con un capital cultural y social importante fue una ventaja relevante al momento de integrarse

a las sociedades que los refugiaron. En efecto, en la mayor parte de los casos, las y los sociólogos en el exilio participaron en diversas organizaciones y asociaciones de los países europeos integrándose bastante bien en dichos contextos.

“... como era el dirigente político de más alto rango en la ciudad, me elegían pa’ todas las cosas y al final renuncié al Chile-comité, digamos, y a la llamada Solidaridad con Chile, y me puse a militar en el Partido Verde. (...). Comenzamos siendo muy pocos y llegamos en la década del ‘80 prácticamente al 5% (...) del parlamento” (*Hans, 62 años, académico universidad privada-tradicional – exiliado en la República Federal Alemana*).

Un elemento interesante es la labor que jugaron en este sentido organismos internacionales a través de becas estudiantiles. Históricamente, instituciones internacionales han tenido un rol importante en permitir a estudiantes chilenos el estudio en el extranjero a través de becas. Entre 1949 y 2004 más que 27.000 estudiantes recibieron becas de apoyo de la Fulbright Foundation (Navarro, 2013). Particularmente durante regímenes autoritarios becas estudiantiles han sido una salvación para estudiantes y académicos, permitiendo escaparse de la violencia política y de la persecución, como lo muestra el caso de Chile con becas de la Fulbright foundation de la DAAD y de la Konrad Adenauer Stiftung (Bayle, 2010). Uno de los entrevistados destaca el rol de la Fundación Ford:

“El año ‘73, cuando se produce el Golpe, la Fundación Ford sacó a muchos jóvenes profesionales con becas para que fueran a estudiar a Estados Unidos, pero era la fachada para salvarlos del régimen. Los sacó con becas y sin postular. Gente que si no los fusilaban o los perseguían. (...). Muchos de ellos, efectivamente, estudiaron en la universidades y ya estaban empezando a terminar sus programas y algunos querían volver, pero en el intertanto el gobierno les había quitado la nacionalidad y no podían volver. Si volvían lo metían preso o matar” (*Daniel, 68 años, académico universidad privada*).

De la misma manera, programas como el World University Service-United Kingdom eran muy importantes para la re-integración de académicos exiliados en Chile hacia el final de la dictadura (Bayle, 2013).

El impacto del autoritarismo en las universidades chilenas: la experiencia de estudiar sociología en dictadura

Tanto la literatura existente al respecto, como los relatos acá analizados coinciden en que la situación de las ciencias sociales en las universidades –y de la sociología, en particular- se resintió profundamente durante la dictadura. En este sentido, las entrevistas concuerdan en ilustrar que el peso del régimen dictatorial se hizo sentir en las escuelas de sociología y en las universidades casi inmediatamente después de perpetrado el Golpe de Estado. En efecto, de las cuatro escuelas (o carreras) de sociología existentes en el país, tres³ fueron cerradas temporalmente con el fin de iniciar la depuración del funcionariado, el estudiantado, los planes de estudios y la literatura considerada por el régimen como “subversiva”, así como, los cuerpos académicos.

3 Las escuelas de Sociología de la Universidad de Chile, Pontificia Universidad Católica y Universidad del Norte.

“... la dictadura dictaminó que la gente que había sido exonerada de la Universidad tuviera todos una especie de causal única. Entonces, se hizo un formulario en el cual hay un corazón blanco que decía por qué a uno lo exoneraban -y eso era estándar-: por propagar la teoría marxista, peligrosa, fomentar la lucha de clases... no recuerdo el texto, pero era para todos igual; habían miles, eso fue archivado y fue con lo cual a uno lo expulsaron, lo exoneraron” (*Emilio, 72 años, académico universidad estatal, jubilado*).

Sólo en el caso de la carrera de sociología de la Universidad de Concepción, los militares decidieron cerrar definitivamente (Monsálves, 2020).

“... lo que pasa es que la intervención de la dictadura en cada universidad fue distinta. (...) [En Concepción] Los echaron a todos y cerraron la carrera. Un amigo dice que él tiene un certificado que le dieron en Concepción en que estaba expulsado de la Universidad de Concepción por ser alumno de sociología (Risas)” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Dentro de las comunidades universitarias, nadie sabía a ciencia cierta lo que sucedería con posterioridad a la “reorganización” de las escuelas de sociología -y de las universidades, en general- por parte de los interventores designados por la dictadura. Es en esta incertidumbre que se reabren las carreras de sociología en 1974.

Al iniciar el año 1974, las tres carreras de sociología que habían sido cerradas temporalmente reiniciaron sus actividades, pero en condiciones muy diferentes de lo que había sido hasta antes del Golpe de Estado. Existe consenso respecto de que los claustros académicos de las carreras de sociología fueron reducidos y los planes de estudios fueron despojados de cualquier atisbo de teorías marxistas o cursos que fomentasen el pensamiento crítico; el caso más extremo lo constituye la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile.

[En la Universidad de Chile]... los profesores que no fueron echados eran de metodología, que eran Fernando Duran, Orlando Sepúlveda y el profesor de estadística, se me olvidó el nombre y ya recordaré. (...) Claro, porque era lo menos ideologizado. Bueno, uno de ellos era de derecha y el otro demócrata cristiano y el otro era mi tío. De verdad. Y mi tío no era de derecha en todo caso” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

“[En cambio, en la Pontificia Universidad Católica]... hubo menos represión porque también, tanto los profesores, como los estudiantes de sociología de la UC eran políticamente menos radicales que los de la Chile, entonces hubo menos repre. De hecho, echaron a poca gente” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Del mismo modo que las condiciones institucionales y organizacionales de las carreras de sociología que se reabrieron en 1974 se modificaron radicalmente, el llamado a la reincorporación de los estudiantes también implicó enfrentarse al hecho de que lo hacían en el contexto de un régimen dictatorial. Solo en los últimos diez años se hizo por primera vez investigación sistemática sobre los sumarios contra estudiantes y académicos durante la dictadura cívico militar entre 1974 y 1985 en la Universidad de Chile donde cientos de personas fueron expulsadas gracias a la dilatación por colegas o compañeros y en varios casos fueron detenidas y torturadas y se transformaron en detenidos

desaparecidos (Poo, 2016). Así, quienes aún podían reiniciar sus estudios -es decir, aquellas y aquellos que no fueron expulsados, perseguidos, detenidos, exiliados o que no habían pasado a la clandestinidad para hacer trabajo político-, debieron pasar por un proceso de “reinscripción”. A través de aquel proceso, el régimen implementó un mecanismo de control y “filtro” con el cual continuar con la purga iniciada con el Golpe y, así también, lograr la reducción de las matrículas.

“...para inscribirse de nuevo uno tenía que llevar los papeles (...). Muchos de mis compañeros fueron rechazados, no fueron aceptados y la excusa era que habían dañado la convivencia académica en la universidad, que era una excusa, en realidad. No les permitieron volver a los que habían sido dirigentes políticos visibles. A los que no habíamos tenido una identidad política visible nos dejaron. Es decir, un porcentaje, qué sé yo, menos de la mitad de los estudiantes y... imagínate, como el 80% de los profes fuera” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Evidentemente, con la distancia que dan los años y la experiencia de lo que significó la dictadura para el país y la vida de muchas chilenas y chilenos, llama la atención que estos jóvenes estuvieran en disposición de retomar sus estudios.

“Yo seguí estudiando sociología porque además sociología... (...) había entrado a lo que quería, nunca se me ocurrió inscribirme de nuevo para... así que no me quedaba otra que seguir estudiando sociología, pero ni siquiera me lo cuestioné” (*Lucía, 59 años, consultora y académica a honorarios*).

“Y cuando volvimos, entonces, nos encontramos con... eh, bueno, en una situación... bueno, de partida todos habíamos vivido diversos problemas durante ese otro periodo, el tiempo que estuvimos fuera, eh... uno de mis principales amigos cayó preso por ahí por diciembre -una cosa así- y después alcanzamos a estar y estar como un semestre y cayó preso otros de mis compañeros” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Quizás ello puede atribuirse al hecho de que para algunos era la forma de re-articularse políticamente y/o a la creencia (deseo, esperanza) que la dictadura no duraría mucho. Sin embargo, tras reincorporarse a la carrera, el peso de la dictadura se hizo sentir en diversos aspectos: la presencia de gente extraña en la universidad y en la sala de clases; el extremo cuidado de los profesores respecto del uso de ciertas palabras (por ejemplo, “no se podía decir compañero”); las prohibiciones de reunión; la vigilancia y la sensación de estar permanentemente observados; la censura y la autocensura. No obstante, eran notorias las diferencias entre las universidades.

“Era lejos peor en la [Universidad de] Chile, o sea, en la Chile los guardias eran sapos y te miraban, te prohibían que te juntaras en los pastos y cosas así. En la UC [Pontificia Universidad Católica] era bastante más relajado, era casi, eh... como el lugar protegido un poco, ni tan protegido tampoco, o sea, también hubo gente que... que... que la detuvieron...” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Las otras formas de amedrentamiento hacia el estudiantado eran las que se ejercían a partir del control de sus trayectorias educativas. La modificación del currículum de la carrera significó que muchos de los ramos aprobados antes de la dictadura no fueron reconocidos por tratarse de materias relativas al marxismo.

“... porque todos en la Escuela de Sociología -echaron que no te digo-; quedamos todos en primer año, todos los de primer año quedamos, a nadie nos echaron, pero, de segundo año para arriba quedarían... ¿diez, quince? Si es que, por ahí, y todos en primer año. O sea, gente que estaba en cuarto, quinto, digamos, que tenía caleta de ramos, no les reconocieron ningún ramo” (*Lucía, 59 años, consultora y académica a honorarios*).

Nuevamente, en este punto se observan diferencias entre las dos principales universidades que impartían la carrera. Mientras en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile ningún curso relacionado con el marxismo era reconocido como apropiado en la formación de un/a sociólogo/a; en el Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica se admitieron algunos de estos cursos como electivos.

“... como la mayor parte de la malla era marxismo, no nos reconocieron esos cursos. Nos reconocían estadística y cosas por el estilo. Entonces, yo había entrado el 72, y para el 74 ya estaba de nuevo en primer año. Y ahí nos cambiamos a la PUC. Y en la PUC nos reconocieron los cursos de marxismo como electivos” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Dadas las condiciones adversas que se presentaron con la reapertura de la carrera de sociología en la Universidad de Chile, algunos estudiantes de cursos más avanzados decidieron trasladarse al Instituto de Sociología de la PUC. Ciertamente, además de los problemas con el plan de estudios y la intensa vigilancia y control de las personas en la Universidad de Chile, a ello se suma que con la expulsión de casi la totalidad del cuerpo docente de la Escuela de Sociología se contrataron profesores de dudosa calidad.

“... encima los profesores que nos contrataron, los nuevos, eran... malos por decirlo amablemente (ríe), entonces, con otra compañera decidimos irnos a la Católica” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

“No, para nosotros no fue tan dramático porque los profesores eran sociólogos [en comparación a las personas que siguieron estudiando en la Universidad de Chile]. Claro, no estaban los más izquierdistas, de esos se habían desecho, pero estaban los DC, algunos casi de izquierda, y eran sociólogos; eran profesionales de verdad poh” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Las diferencias entre una y otra escuela están marcadas por la propiedad de las universidades, pues aun cuando todas las instituciones universitarias del país fueron intervenidas, aquellas pertenecientes a la iglesia católica tuvieron algunos espacios de libertad en cuanto a la organización de la carrera (profesores, malla curricular) y respecto de la vigilancia y control de las personas dentro de la institución.

Memorias en torno a la clausura de algunos departamentos de sociología: el mito del cierre total e inmediato

A partir de los relatos se muestra que existe controversia respecto del cierre de las escuelas de sociología existentes, tanto al momento del Golpe de Estado, como en los años de dictadura. Asimismo, en aquellas narraciones en las que se indica la existencia de escuela(s) de sociología que permanecieron abiertas durante la dictadura también

se advierten divergencias en los recuerdos respecto de las modalidades que adoptaron. Lo llamativo es que esta controversia y diferentes versiones de los hechos no sólo provienen de personas que estudiaron en las postrimerías de la dictadura, sino que corresponden principalmente a quienes eran los protagonistas de estos acontecimientos.

“... el Rector nuevo [de la Pontificia Universidad Católica] no tenía ningún interés en mantener la Escuela de Sociología, pero tampoco había necesidad de cerrarla, y prefirió no cerrarla. Entonces, el año 1974 hubo admisión. Fue la única Escuela que no se cerró” (*Daniel, 68 años, académico universidad privada*).

“En la [Universidad de] Chile -que era la única que hacía clases, porque todas las demás las cerraron...” (*Juan, 41 años, marketing y académico a honorarios en universidad privada*).

Al reconstruir lo sucedido con la carrera de sociología en las universidades chilenas aquellos años, en base a los relatos obtenidos, pareciera ser que ello presentó más matices de lo que ha sido consignado en la narración disciplinar respecto de ese periodo.

“Bueno, ves que son tres destinos distintos. A una casi no la tocan. A otra la cambian completamente y a otra la cierran definitivamente” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Ello invita a revisar qué es lo que se va a entender por “desinstitucionalización” de las ciencias sociales durante este periodo.

“Por lo tanto, no se puede hablar de una interrupción de las ciencias sociales, sino que una interrupción de ciertas carreras. Por ejemplo, en la [Pontificia Universidad] Católica continuó habiendo sociología...” (*Hans, 62 años, académico universidad privada-tradicional*).

A este respecto, llama la atención la escasa información sobre la escuela de sociología de la Universidad del Norte y acerca de la situación de la sociología y los sociólogos en provincia (Donoso, 2020; Guerrero, 2018).

“Yo estudié sociología en la Universidad del Norte en Antofagasta, del año 73 al 77; regresamos con unos compañeros a Iquique el año 78. El ambiente era bastante desolador, ambiente de dictadura, más aún todavía en provincia. O sea, el ser sociólogo de izquierda en provincia en época de dictadura es tenerlas todas en contra...” (*Alberto, 60 años, académico universidad estatal*).

Otro hecho a destacar es que la modificación en el formato de reingreso a la escuela de sociología en la Universidad de Chile en 1974 ha dado pie a la creencia de que la carrera fue cerrada.

“... entró mucha gente a estudiar entre el 78 y el 79. Todos los años después entraron a estudiar. Después hicieron... el año 74 no sólo abrieron esta que te digo de Bachillerato, abrieron una carrera que se llamaba, no sé cómo, pero en Ciencias Sociales, la Sede Sur. Y esa gente de la Sede Sur después se vino cuando estaba como... (...) se vinieron todos a la Escuela de nosotros y ahí llegó mucha gente. Llegó Duarte, Fortunati, la Marcela Latorre, mucha gente que había entrado allá se vino a la Escuela

[de Sociología de la Universidad de Chile], son un curso más abajo que el mío más o menos, porque entraron el 74” (*Lucía, 59 años, consultora y académica a honorarios*).

“Existe el loco mito de que la [Universidad de] Chile estuvo cerrada. Jamás estuvo cerrada, eso fue muy raro. Lo que sí estuvo entre septiembre del 73 y, yo te diría principios del 74, estuvo en reorganización. (...) Pero se abrió de nuevo y nunca ha parado de funcionar”. (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

Finalmente, en el caso de la carrera de Sociología en la Pontificia Universidad Católica, de acuerdo a los relatos, el Instituto de Sociología siguió funcionando durante toda la dictadura. Lo que varió fue la formación de nuevas generaciones de sociólogos/as.

“Lo que se cerró fue la admisión, no la escuela. Hubo un periodo, se abrió un año... eh... y después nunca más se volvió... nunca más... hubo un periodo en que no se volvió a abrir la admisión hasta no sé...” (*Jorge, 66 años, académico universidad privada*).

De tal suerte, en esta universidad la formación de pregrado en sociología dejó de impartirse hacia comienzos de la década de los ochenta, pero se abrió un posgrado relativo a la disciplina.

“Pero a los profesores de sociología de la [Pontificia Universidad] Católica se les ocurrió que en vez de hacer pregrado se iban a dedicar sólo a hacer posgrado, entonces, mi generación fue prácticamente la última. (...) Después estuvo cerrada la matrícula en el pregrado por varios años y después admitieron solamente posgrado, inventaron un magister” (*Sandra, 62 años, académica universidad estatal*).

La experiencia estudiantil de sociólogos durante los ochenta

Para este apartado sólo se cuenta con referencias de quienes fueron estudiantes de sociología en la Universidad de Chile durante la década de los ochenta. De acuerdo a lo recopilado a través de las entrevistas, en rigor, fue sólo en esta universidad donde hubo estudiantes de pregrado durante dicha década. Sin embargo, queda por conocer las experiencias de quienes estudiaron sus últimos años de carrera en el Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica a comienzos de la década de los ochenta, sobre todo, considerando las modificaciones en el escenario socio-político que se sucedieron en esos años. Asimismo, también queda por identificar quiénes eran las personas que estudiaron el magister iniciado por esos años en el ISUC; cuál fue la orientación del programa de posgrado y las razones por las que se decidió abrir dicho programa.

“... es complicado hablar de lo que le pasaba a los sociólogos y a las sociólogas, porque cada uno es una historia individual. (...) Cada uno tomó sus decisiones en función de si su familia tenía plata o no tenía plata, estaba o no estaba comprometido, tenía o no tenía talento... un montón de cosas que tienen que ver con que en la dictadura todo funcionaba muy raro. ¡Todo funcionaba muy raro!” (*Juan, 41 años, marketing y académico a honorarios en universidad privada*).

A través de los relatos de las y los entrevistados sobre lo que fue estudiar sociología durante la década de los ochenta se advierte que, pese a las diversas acciones desplegadas por la dictadura para desincentivar el estudio de la sociología y, más específicamente, de un cierto tipo de sociología, existió una voluntad y un empeño de parte de algunos jóvenes por formarse en la disciplina en contextos disciplinares y políticos muy precarios.

“... lo que le pasaba a los chiquillos es que querían estudiar y que conformaban algún movimiento con algún profesor y los expulsaban de inmediato, y el hecho de que fueras expulsado no te permitía después entrar a ninguna universidad en Chile; cabros de 19 años, imagínate lo que era eso...” (*Beatriz, 58 años, académica universidad privada*).

“... sin duda era un clima de temor porque nosotros sabíamos que éramos vigilados, más que vigilados, sabíamos que estábamos eh... estábamos... cuál es la palabra exacta... había gente de la CNI dentro de la Escuela, o sea, nunca supimos exactamente quiénes eran, pero sabíamos que habían sapos dentro de la Escuela, no sé si entre los alumnos, pero dentro de los profesores seguro, y entre los funcionarios también” (*Joaquín, 56 años, consultor marketing*).

En este sentido, a ojos de un sociólogo que ingresó a estudiar con el retorno de la democracia, lo que caracterizaba a quienes estudiaban sociología en esa época era el discurso del sobreviviente.

“La autoimagen del sociólogo de la época era la del sobreviviente. O sea, todos los sociólogos de esa época se consideran sobrevivientes; quienes no abandonaron la carrera, claro, porque muchos la abandonaron. (...) Pero quienes se sostuvieron ahí usualmente se consideran a sí mismos o hablan desde la supervivencia. De huevones que resistieron, que aguantaron, que sufrieron muchas cosas” (*Juan, 41 años, marketing y académico a honorarios en universidad privada*).

Ciertamente, lo que se aprecia en las narraciones de estos hombres y mujeres es la precariedad en la que se formaron. Dicha precariedad se expresaba en distintos aspectos (el plan de estudios; los docentes; la infraestructura con la que contaban; los traslados de sedes; entre otros), los cuales eran entendidos como parte de los mecanismos de amedrentamiento y control implementados por la dictadura. Aquello es particularmente manifiesto no sólo en las veces que se trasladó la sede de la carrera durante este periodo, sino también en las condiciones y los tipos de inmueble en los que era ubicada la misma.

“... es que a nosotros nos cambiaron, básicamente, las cuatro veces de sede porque era... en sociología estaba todo el germen de la organización estudiantil. (...)... lo que hicieron fue básicamente tratar de aislarnos y de no generar como convivencia universitaria, porque cada vez que nos movían se desarmaba el grupo” (*Joaquín, 56 años, consultor marketing*).

“... cuando nos llevaron a Agustinas, estábamos solos, era sociología encerrado en una casa que creo que era la Universidad de La República...”. (*Joaquín, 56 años, consultor marketing*).

Sin embargo, la autoimagen del sobreviviente no se expresa en la constatación de dicho contexto de precariedad, sino más bien, en dar cuenta de las estrategias que usaban para sobreponerse a esas situaciones. Dicha autoimagen está lejos de tener un contenido uniforme, por lo que tales prácticas también van a variar según el concepto o ideal de sociología que cada cual tenía en mente o al que aspiraba. De tal suerte, si bien se comprueba que en el conjunto de las narraciones existe cierto consenso respecto de que la enseñanza de la sociología que recibían tenía falencias, las actitudes frente a ello y las formas de suplirlas (si es que se consideraba necesario) eran distintas.

Discusión y conclusiones

A través de las dieciocho (18) entrevistas cualitativas con sociólogas y sociólogos de varias generaciones, este artículo analizó su experiencia de vida estudiantil o académica durante la dictadura, la intervención de las universidades y de las escuelas de Sociología por los militares, la experiencia del exilio y el estudio de Sociología en Chile durante la dictadura. De esta manera, esta investigación logró hacer una contribución empírica al campo de los estudios de la sociología sobre la sociología durante la dictadura cívico militar.

Tal como se consignó al inicio del artículo, la mayor parte del campo disciplinar estaba comprometido con el proyecto político encarnado en la Unidad Popular. En el caso de la mayoría de las y los académicos, esto se expresó en la incorporación del militancia en las prácticas académicas, que en el caso chileno “se vinculó con un proyecto de ‘excelencia académica’ que adaptaba la profesionalización a las necesidades de un estado socialista y al estudio de la ‘realidad nacional’” (Beigel, 2010: 29). Ejemplos paradigmáticos de esto lo constituyen los cuerpos académicos que conformaron centros como el CEREN⁴ o el CESO⁵, ambos clausurados tras el Golpe de Estado. Aun cuando esta militancia se vio afectada por el duro revés que significó el advenimiento de la dictadura, prontamente se re-articuló en torno a pensar críticamente dicho fracaso.

La construcción del relato sobre el pasado que cada sujeto efectúa –los olvidos, los lapsus, los recuerdos, los cambios de niveles narrativos, los énfasis, los saltos temporales– contienen expresiones cargadas de emociones e imágenes que denotan y connotan el modo en que ciertos hechos o acontecimientos repercuten en los sujetos; la forma en que son significados; el lugar que ocupan o le asignan en la narración que hacen de sí mismos, de su generación y de su contexto socio-histórico; así como también, dejan entrever las apuestas que hacen en el presente (Portelli, 1994; 1996). Desde esta perspectiva, la aproximación a la historia y transformaciones de la sociología chilena a través del relato de sociólogos y sociólogas de distintas generaciones permite vislumbrar el lugar de los sujetos en esa historia y en esas transformaciones.

4 El Centro de Estudios de la Realidad Nacional, creado en 1968, correspondió a un centro interdisciplinario que funcionó en el marco de la Pontificia Universidad Católica. Dentro de sus investigadores más destacados se encuentran: Manuel Garretón, Tomás Moulian, Norbert Lechner, Armand Mattelart, Franz Hinkelammert, entre muchos otros. Al respecto Tarcus (2007) señala: “se habían trazado un proyecto ambicioso: pensar las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales de una transformación revolucionaria en Chile en el marco de un gobierno popular”.

5 El Centro de Estudios Socioeconómicos fue creado en 1965 por Eduardo Hamuy al alero de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile. Con la incorporación de un grupo destacado de jóvenes científicos sociales exiliados de Brasil se conformó uno de los equipos de investigación más destacados en torno al dependismo (Beigel, 2010; Cárdenas, 2013).

Cabe mencionar el aporte del trabajo con fuentes orales o entrevistas para avanzar en la comprensión de algún fenómeno, en este caso, la sociología chilena durante la dictadura. La riqueza que está asociado al trabajo con este conjunto de entrevistas -en vistas de narrar la historia y las transformaciones de la sociología chilena de las últimas décadas- pasa por la posibilidad de efectuar una aproximación multidimensional en términos temporales; es decir, no sólo a partir del cruce entre el tiempo biográfico y el tiempo histórico, sino a través de la dimensión temporal (no lineal) que se asocia a la memoria del pasado que es vehiculizada en una historia de vida o una entrevista específica.

Muchos de los entrevistados además hablaron de los cambios epistemológicos fundamentales en la sociología producto de la dictadura y de la persecución. Si bien estos resultados requieren de una discusión más profunda en un artículo aparte, de acuerdo a lo señalado en las entrevistas, es posible distinguir al menos cuatro aspectos relevantes: En primer término, en el ámbito universitario se observa que no existen mayores cambios en términos epistemológicos. El enfoque sigue siendo positivista, más bien lo que se modifica radicalmente, son las perspectivas teóricas que prevalecen. En efecto, dada la persecución por parte de la dictadura de las ideas de izquierda, cualquier atisbo de marxismo es reprimido. Lo que impera sin contrapunto es el funcionalismo y autores como Parsons y Merton. Asimismo, en cuanto a las perspectivas metodológicas, lo que prevalece es el enfoque cuantitativo y se buscaba transmitir que a cada disciplina le correspondía un tipo de metodología, además, de una única escala. En segundo lugar, se advierte que las transformaciones de la sociología -en términos de innovaciones e incorporación de nuevos enfoques- se dan fuera del ámbito universitario y, en gran medida, responden a las necesidades que va imponiendo el ejercicio profesional de la disciplina, así como las interrogantes que deja el quiebre de la institucionalidad en 1973. Ciertamente, desde este ámbito también hay un desplazamiento del marxismo, pero no desde el enfoque de la dictadura, sino más bien con la finalidad de atender a nuevos fenómenos para los cuales ensayar otras perspectivas teóricas.

Referencias

Agosin, M. and Molloy, J. (1987). 'The generals' bonfires: the death of Rodrigo Rojas in Chile.' *Human Rights Quarterly* 9 (3): 423-425.

Baño Ahumada, R. (2012). *Las ciencias sociales como conocimiento de la época*.

Barrios, A. y Brunner, J. J. (1988). *La sociología en Chile: instituciones y practicantes*. Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Chile.

Barros, M. y Chaparro, C. (2015). *La sociología chilena durante dictadura*. Tesis de pregrado, Escuela de Sociología, Universidad Diego Portales, 2015.

Bayle, P. (2013). 'The World University Service-United Kingdom (WUS-UK) Return Program for Chilean Exiles.' In: F. Beigel (ed.) *The Politics of Academic Autonomy in Latin America*. Farnham: Ashgate: 207-226.

--- (2012). "Los rubios. El compromiso británico hacia las víctimas de la dictadura militar chilena (1973-1990)". *Sociedad Hoy*, 22: 77-93. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90228994006>

--- (2010). '1973: Chilean academics in the Emergency.' In Fleck, C. (ed.) 'Vertriebene Wissenschaft.' *Österreichische Zeitschrift für Geschichtswissenschaften*. 21 (3): 119-145.

--- (2008). "Emergencia académica en el Cono Sur: el programa de reubicación de científicos sociales (1973-1975)". *Iconos*, 30: 51-63. Recuperado de <http://www.flacso.org.ec/docs/i30bayle.pdf>

Beigel, F. (2009). La Flacso chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973). *Revista mexicana de sociología*, 71(2), 319-349.

--- (directora). (2010). *Autonomía y Dependencia Académica. Universidad e Investigación Científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*. Buenos Aires: Biblos.

--- (2010). La teoría de la dependencia en su laboratorio. En F. Beigel (directora). *Autonomía y Dependencia Académica. Universidad e Investigación Científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*. Buenos Aires: Biblos, 129-144.

Bolzman, C. (2012). "Elementos para una aproximación teórica al exilio". *Revista andaluza de antropología*, 3, 7-30.

Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI

Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., & Passeron, J. C. (2008). *El oficio del sociólogo*, ed. Siglo Veintiuno.

Brunner, J. J. (1988). *El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina*. Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Chile.

Cáceres, G. (2016). Santiago de Chile. La capital de la izquierda. In A. Gorelik & F. Peixoto (Eds.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores: 385-402

Cárdenas, J. C. (2013). *¡Ojo con el CESO! Hacia una reconstrucción de la historia del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973*. Ponencia presentada en XIX Congreso Latinoamericano de Sociología. Santiago, Chile, 30 de septiembre al 4 de octubre, 2013. Asociación Latinoamericana de Sociología, ALAS.

Cornejo, M., Reyes, M. J., Cruz, M. A., Villarroel, N., Vivanco, A., Cáceres, E., & Rocha, C. (2013). Historias de la dictadura Militar Chilena Desde Voces Generacionales. *Psykhé* (Santiago), 22 (2), 49-65.

Cruz, M. A. y Fuentes, E. (2017). Unidad Campesina del MIR durante la Unidad Popular chilena: memorias subalternas desde la militancia revolucionaria, femenina y local. *Izquierdas*, (37), 54-93.

Devés Valdés, E. (2004). La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos en las redes conosureñas durante los largos 1960. *Historia* (Santiago), 37, 337-366.

Donoso, A. (2020). El relato disciplinar consagrado en torno a la sociología universitaria en dictadura y la “producción de ausencias”: estudiar sociología en Antofagasta, 1972-1984. *Revista Temas Sociológicos*, (27), 625-661.

Franco, R.(2007). *La FLACSO Clásica (1957-1973). Vicisitudes de las Ciencias Sociales Latinoamericanas*. Santiago: Catalonia.

Garreton, M. A. (2005). ‘Social Sciences and Society in Chile: Institutionalization, Breakdown and Rebirth’. *Social Science Information* 44 (2 & 3): 359-409.

---. (1982). *Las ciencias sociales en Chile*. Santiago, Chile: CLASO-FLACSO.

Guerrero, B. (2018). *CREAR. Cuarenta años en el Norte Grande de Chile*. Iquique: Ediciones El Jote Errante.

Hassoun, J. (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo Veintiuno de España Editores y Siglo Veintiuno de Argentina Editores.

Jelin, E. y Kaufman, S., (2006). “Introducción”. En: JELIN, E. Y KAUFMAN, S. (eds). *Subjetividad y figuras de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo Veintiuno de España Editores y Siglo Veintiuno de Argentina Editores.

Kaufman, S. (2006). “Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias”. En: Jelin, E. y Kaufman, S. (eds.). *Subjetividad y figuras de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo Veintiuno de España Editores y Siglo Veintiuno de Argentina Editores.

Keim, W. (2014). ‘Lessons learned from German sociology, 1933-45. Contexts and content.’ In: R. Danell, A. Larsson, and P. Wisselgren (eds.). *Social Science in Context. Historical, sociological and global perspectives*. Lund: Nordic Academic Press: 95-114.

Keim, W., Celik, E., Ersche, Ch., Wöhrer, V. (2014). *Global Knowledge Production in the Social Sciences. Made in Circulation*. London: Ashgate.

Kirtchik, O. and Heredia, M. (2015). ‘Social and behavioral sciences under dictatorship.’ In J. D. Wright (ed.) *International encyclopedia of the social & behavioral sciences*. Oxford: Elsevier: 139–146.

Maltrain, V.; Cárdenas-Castro, J. C.; Iglesias, M. y Deneken, M. (2023). La “sociología camuflada” en ARCIS (1984-1991): Crítica, compromiso y militancia. *Revista Izquierdas* 52, agosto: 1-25.

Matamala, T. (2016). *La beca Pinochet. Una historia íntima de la dictadura*. Santiago: Ediciones B Zeta.

Monsálvez, D. (2020). La universidad de Concepción en dictadura: delación, depuración y normalización. 1973-1980. *Historia* 396, 9(2), 187-224.

Muñoz Tamayo, V. (2011). Juventud y política en Chile: Hacia un enfoque generacional. *Ultima década*, 19 (35), 113-141.

Navarro, J. J. 2013. ‘Public Foreign Aid and Academic Mobility: The Fulbright Program (1955-1973).’ In: F. Beigel (ed.) *The Politics of Academic Autonomy in Latin America*. Farnham: Ashgate: 105-118.

Oberti A (2009). La memoria y sus sombras. En: Jelin Elizabeth y Kaufman Susana G. (Comps). *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, Siglo XXI de España Editores.

Póo, X. (2016). *La dictadura de los sumarios (1974-1985): Universidad de Chile intervenida*. Editorial Universitaria de Chile.

Portelli, A. (1989). Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli. *Historia y fuente oral*, 1, 5-32.

Portelli, A. (1993). El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral. En George E. Aceves Lozano (comp.) *Historia oral*. México: UAM/Instituto Mora, 195-218.

Sahidian, H. (2000). “Sociology and Exile: Banishment and Tensional Loyalties”. *Current Sociology*, 2(48), 71-99.

Sarlo, B. (1988). El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado. En S. Sosnowski (comp.) *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba, 96-108.

Tarcus, H. (2007). Introducción. OSAL, VIII (22), 185-187.